Europa, sueño y verdad. Reflexiones de María Zambrano sobre Europa[1]

Juan Fernando Ortega Muñoz

El V Congreso Internacional sobre la vida y obra de María Zambrano ha tenido como objeto específico de estudio "Europa, sueño y verdad". Han sido numerosas y valiosas las aportaciones de este congreso tanto en ponencias como en comunicaciones sobre el tema señalado, pero conviene al término del mismo resumir de alguna manera todo este material en una visión sintética que en breves palabras nos exprese el pensamiento de María Zambrano sobre Europa.

En el prólogo de su obra *La agonía de Europa*, editada por primera vez en Buenos Aires en 1945 por la Editorial Sudamericana, María Zambrano nos dice que fue en el "verano de los años cuarenta en que se escribieron estas letras"[2] y en la dedicatoria de esta publicación escribe: "A mi madre, en el corazón de Europa"[3]. Su madre y su hermana estaban justamente en París en unas circunstancias dramáticas que María Zambrano define como "situaciones que se aproximan cuanto es posible en la vida, a la muerte"[4]. "Porque Europa - nos dice - es el lugar donde hoy estalla el corazón del mundo"[5].

Es admirable pensar que en un momento tan grave de la historia europea, cuando la criminal locura de un régimen dictatorial había llevado a este continente a la guerra más cruel que se recuerda, María Zambrano, como en sus tiempos Agustín de Hipona tras la invasión de los Bárbaros, tiene fe en Europa y profetiza una nueva primavera de libertad para este continente. Habrá que esperar hasta 1957, con el Tratado de Roma, para ver hecha realidad una Europa que comienza a sentirse una y emprender el camino de la unidad europea, que hoy alcanza a veintisiete países y casi quinientos millones de habitantes del viejo continente, haciendo realidad los sueños de Robert Schuman, Jean Monett y Konrat Adenauer, pero que ya aparece como una promesa en los escritos de María Zambrano. Como diría J. Monet, "La gran obra de nuestra época (es) la unión de los países de Europa"[6]. "Nadie

1.- Con anterioridad he publicado en la revista *Religión y Cultura*, nº 108 (1979), pp. 41-69, un artículo titulado "La crisis de Europa en el pensamiento de María Zambrano"

2.- M. Zambrano: *La agonía de Europa*, Buenos Aires, Sudamericana, 1945, p. 10.

3.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 7.

4.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 10.

5.- M. Zambrano: *l. c.*, p.53.

6.- J. Monet: *Memorias*, Madrid, Siglo XXI, 478 y 349

puede dudar - escribe en otro lugar - de que se trata de un poderoso movimiento de fondo, a la altura de las grandes épocas de la Historia"[7]. Pero, como decía Schuman, "Europa, antes de ser una alianza militar o una entidad económica, debe ser una **Comunidad Cultural** en el más elevado sentido de la palabra"[8].

La decadencia de Europa:

Pero aquel momento de terror no era sino el desenlace final de un largo proceso de declive. "Desde hace bastantes años - escribe Zambrano- se repite: Europa está en decadencia. Ahora ya no parece necesario decirlo. Muchas gentes que lo creen se refieren al suceso con frase velada y sonrisa irónica, como aludiendo a un secreto tan divulgado que hasta resulta elegante y misericordioso tratar de encubrir, aunque al hacerlo así se disuelve de una manera más humillante"[9]. La cultura occidental había llegado a un aparente momento de disolución o, al menos, a un radical cambio a un giro que parecía contradecir su propia esencia. Porque la crisis de Europa es en definitiva la crisis de la cultura europea.

Fe en Europa:

Pese a que en ese momento histórico reina en la cultura europea el pesimismo más radical, María Zambrano tiene la certeza de que "Europa no ha muerto, Europa no puede morir del todo; agoniza. Porque Europa es tal vez lo único que puede resucitar"[10]. Por ello se nos impone analizar lo que ha sido Europa, "lo que de ella nos resulta irrenunciable"[11]. "Se trata de recoger lo que de Europa actúa aún y tiene vigencia"[12]. "Y esto consustancial, esencia de nuestra propia vida, que no nos pertenece, es irrenunciable; hemos de transmitirlo como nos lo transmitieron. De no hacerlo así sentiríamos el horror de que la continuidad de algo que viene desde muy atrás se ha quebrado precisamente en nosotros"[13]. Por ello que "tratando de encontrar la esencia de eso que llamamos Europa, de eso que por nada aceptamos seguir viviendo nuestra vida sin su vida, buscamos también el principio de su posible resurrección"[14].

Pero ¿qué es eso - se pregunta María Zambrano - "eso que nos

7.- J. Monet: *l. c.*, p. 512.
8.- R. Schuman: *Por Europa*, Madrid, Editorial Encuentro, 2006, p. 33.
9.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 49.
10.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 48.
11.- Ibidem.
12.- Ibidem.
13.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 30.
14.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 49.

emparenta con todo lo europeo y que en este instante tiene más vigor que ningún rasgo nacional, particular o individual? Eso que nos hace sentir a Europa como una gran unidad en la que estamos incluidos íntegramente"[15].

Una mirada retrospectiva: El nacimiento de Europa.

Pero para saber lo que le espera a Europa se impone una mirada retrospectiva. Asistir a su nacimiento, ver los orígenes de su genealogía y analizar los componentes de esa entidad que llamamos Europa. Zambrano piensa que lo fundamental de Europa es su cultura, esta es la que le identifica en la pluralidad de los pueblos, lo que le da su carácter único e irrepetible. "Ir a descubrir lo que haya sido en verdad Europa - nos dice - no es para nosotros más que ir a descubrir lo que de ella nos resulta irrenunciable"[16]. Y eso que Zambrano considera irrenunciable es su cultura.

La cultura europea es fruto del maridaje de la Filosofía Griega - Europa es "hija de Grecia"[17], escribe Zambrano - y de la Teología cristiana - es "el hombre engendrado por una nueva fe, por una creencia, por una nueva dirección de la esperanza"[18]. Es, por tanto, una síntesis de razón y revelación, un tipo de razón heredado de la cultura griega y una revelación asumida de la tradición religiosa judeo-cristiana.

"Europa - escribe Zambrano - no hereda de Grecia sus dioses ya desacreditados y consumidos por la Filosofía Griega"[19]. Pero también la Filosofía griega estaba desacreditada. "La crisis del mundo antiguo (...) bien puede llamarse la impotencia de la Filosofía"[20]. Era "la desesperación del mundo antiguo, más bien el desengaño de la razón"[21]. Porque "dicho está que la esperanza para los griegos residía en la razón, en el camino abierto por la razón y que a ella se agarraron en el camino de salvación que fue la filosofía"[22]. "Sobre ese sistema de desesperanza y del fracaso de la Filosofía, se abre camino S. Agustín"[23], dándole proyección trascendental a la filosofía griega y creando con ello una apertura a la esperanza.

Podemos, según Zambrano, datar el comienzo de esta síntesis y determinar su protagonista. "Por raro que parezca - escribe Zambrano - es posible fijar casi al año la fecha de nacimiento de la **cultura europea**,

15.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 39.
16.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 48.
17.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 59.
18.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 96.
19.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 60.
20.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 106.
21.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 105.
22.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 104.
23.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 107.

la salida a la luz de su protagonista ... Este gran hombre es San Agustín. Su vida, hecha transparente por las *Confesiones*, nos ofrece en su concreción personal, el tránsito del mundo antiguo al mundo moderno. Sus *Confesiones*, en verdad, nos muestran en estado de diafanidad el doble proceso coincidente de una conversión personal que al propio tiempo es histórica. La Historia misma se confiesa en él. Pues lo que cambia no es tanto el alma de Agustín , sino el alma del mundo antiguo que se convierte en nuevo. El mundo antiguo, del que S, Agustín sale, no muere en sus esencias más verdaderas; va a formar *la nueva cultura* que se llama *Europa*"[24]. "Sus *Confesiones* es el itinerario que hace un hijo de la antigua cultura hacia la nueva, al encuentro del nuevo Dios y del nuevo hombre"[25]. "Pronto va a empezar ese frenesí de la creación que se llama Europa" [26]. Y concluye: "San Agustín ha sido el padre de Europa, el protagonista de la vida europea"[27].

Pero "¿Qué es lo que ha cambiado?" - se pregunta María Zambrano. Y ella misma se contesta: Lo que cambiado "es el hombre, el hombre engendrado por una nueva fe, por una creencia, por una nueva dirección de la esperanza"[28]. Porque "la cultura humana no es sino un sistema de esperanzas y desesperaciones. Por eso, cuando se tiene el acierto de fundar una, las esperanzas dispersas se unen y recogen en un sistema, mas no de razones y sinrazones, sino de esperanzas y desesperanzas"[29]. Esquema atinadísimo de interpretación de la Historia como proyecto que aglutina desde el futuro ideal el ser colectivo. Sólo las utopías asumidas por el pueblo son capaces de poner en marcha una colectividad, de dar sentido a la convivencia.

Como han destacado Nietzsche, Rodhe y Buckhardt, - nos dice Zambrano - "la vida griega (...) tenía un fondo de pesimismo"[30]. "La esperanza cristiana, en cambio, (...) era la rabia de vivir que esperaba a Cristo, el conciliador, al que había de traer resurrección y vida eterna"[31].

Zambrano nos dice: "Este hombre nuevo es el hombre interior: «Vuélvete en ti mismo; en el interior del hombre habita la verdad»". El hombre europeo ha nacido con estas palabras. La verdad está en su interior; se da cuenta por primera vez de su interioridad y por eso puede reposar en ella; por eso es independiente, y algo más que independiente, libre"[32]. Nos hemos olvidado frecuentemente que el mensaje cristiano es un mensaje de libertad. "Ser hombre - escribe

24.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 95.
25.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 65.
26.- M. Zambrano; *l. c.*, p. 66.
27.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 97.
28.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 96.
29.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 98.
30.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 100.
31.- M. Zambrano; *l. c.*, p. 105.
32.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 114.

Zambrano - es poseer esta interioridad que lo trasciende todo, esta interioridad inabarcable. "Por eso una persona, un cristiano, es como una perspectiva infinita que no se agota jamás en ninguno de sus actos ni en todos ellos juntos; es lo que está siempre más allá; está en el fondo; tiene fondo"[33].

Y en cuanto a lo político y social, "el esfuerzo del hombre europeo ha sido la infatigable tensión de tender a un mundo, a una ciudad siempre en el horizonte"[34]. La Ciudad de Dios de S. Agustín se torna el paradigma ideal que dinamiza la Historia europea. "Es la Ciudad de Dios - escribe María Zambrano - paradigma de toda la cultura europea. Se alza sobre el horizonte de todas las ciudades y se le ve entre nubes como trayendo a la ciudad real hacia sí, poniéndola en pie, y, a veces, en llamas. Está sobre Toledo, sobre Florencia, sobre París... Y ha estado más que en parte alguna , en el interior de las utopías políticas y de las más extremas que se han llamado revoluciones"[35].

Causas internas de la ruina de Europa:

Puesto que la cultura europea, como hemos visto, es fruto de ese maridaje entre la Filosofía griega y la Teología judeo-cristiana, ¿qué ha ocurrido para que esa síntesis que ha imperado en nuestra cultura tantos años haya entrado definitivamente en crisis? Vale la pena analizar ambos elementos para advertir las causas de esta ruina cultural.

a) La crisis de la razón

Dos hechos aparentemente contradictorios dominan el último ciclo de la filosofía que podemos denominar el Racionalismo y el Naturismo.

En cuanto a lo primero, "la genialidad de Europa parecía consistir (...) en la capacidad de desasimiento de la realidad"[36]; Europa - nos dice Zambrano - "desde Grecia se embarcó hacia un idealismo que alcanza su extremo, precisamente, en la filosofía romántica alemana del siglo diecinueve"[37]. "Quizá no sea aventurado si a este período del pensamiento filosófico se le llame metafísica de creación"[38]. Es el orgullo de la razón, que no admite ayuda, que se cree autosuficiente y autónoma hasta el punto de rechazar cualquier otra verdad que ella misma no hubiera fraguado. Ortega y Gasset, situado en el epígono del Racionalismo,

33.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 115.
34.- M. Zambrano: *l. c*, p. 123.
35.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 126-127.
36.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 20.
37.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 19.
38.- M. Zambrano: *Obras Reunidas*, Madrid, Aguilar, 1071, p. 177.

califica esto como el *carácter autonómico* de la filosofía. "Comienza el filósofo - nos dice - por evacuar de creencias recibidas su espíritu, por convertirlo en una isla desierta de verdades, y luego, recluso en esta ínsula, se condena a un robinsonismo metódico"[39]. Pero aún es más explícito cuando escribe: "Es la filosofía una ciencia sin suposiciones. Entiendo por tal un sistema de verdades que se ha construido sin admitir como fundamento de él ninguna verdad que se da por probada fuera de ese sistema. No hay, pues, una admisión filosófica que el filósofo no tenga que forjar con sus propios medios"[40]. Pero lo que no advierte Ortega es que, por muy perfecta que sea la razón discursiva, necesita, al menos, unas reglas de juego que no se las puede dar ella misma. Bellamente Agustín expresó esta necesidad con un bello ejemplo: "por muy perfecta que sea la nave, si no sopla el viento, no podrá bogar".

Pero, al mismo tiempo, ha triunfado, lo que Zambrano llama el Naturismo, "la inusitada en ella - Europa - servidumbre de los hechos"[41] y "toma por real la primera apariencia que le sale al paso y anda sin entereza, sin verdad"[42], la reducción de la experiencia a la simple experiencia sensible, sin advertir esa zona fundamental que los autores de la Generación del 98 llamaron "vivencial" y como consecuencia de esta reducción surgió un liberalismo que olvidó la "secreta raíz cristiana de confianza en el hombre, sí, mas no en todo lo del hombre, sino en aquel punto por el cual es imagen de alguien que al mismo tiempo le ampara y le limita"[43].

b) La crisis de la fe:

"Lo primero que percibimos - escribe Zambrano - en este estallido del corazón europeo es la violencia, una terrible violencia que no ha podido formarse si no viene de lejos y tal vez desde su raíz..."[44]. María Zambrano ve en la violencia la expresión más radical y significativa de la crisis de Europa. "La tragedia de Europa - nos dice - es la tragedia de la violencia que al fin ha estallado"[45]. Pero "¿en donde estriba el origen de la violencia europea?"[46]. María Zambrano cree encontrar "el origen de su violencia en su adoración, en aquello que, durante siglos, ha adorado cada vez más furiosamente, en su culto absorbente, tan fanático que, siendo un culto dirigido a la verdad, puede parecer, algunas veces, una idolatría"[47].

39.- J. Ortega y Gasset: *¿Qué es filosofía?*, Madrid, Revista de Occidente, 1969, p. 107.

40.- J. Ortega y Gasset: *l. c.*, p. 106.

41.- M. Zambrano: *La agonía de Europa*, p. 19.

42.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 19.

43.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 21.

44.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 55.

45.- Ibidem.

46.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 58.

47.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 59.

Es evidente que todo fanatismo, por muy altos y sublimes que sean sus ideales, es una perversión y una ruina para la sociedad que lo sufre. El Dios de la cultura europea - escribe Zambrano - "le viene de un pueblo semita; es, de todos los dioses, el Dios creador por excelencia. El que ha sacado al mundo de la nada. Él ha sido el verdadero Dios de Europa, el Dios de un "pueblo elegido" por Él para salvar a todo el universo"[48]. "Ningún Dios más activo, más violento. De la nada saca el mundo, la espléndida realidad que es la mayor acción de todas, la acción más activa, absoluta acción. Y la criatura humana está hecha a su imagen y semejanza. Pronto va a empezar ese frenesí de la creación que se llama Europa"[49].

Pero "el hombre, criatura predilecta, también se rebeló y al hacerlo desposeyó a Dios del mundo que creara para su gloria"[50]. Y "despertó en él - el hombre - el deseo de suplantar a Dios en el mundo"[51]. A Dios se le da por muerto (Nietzsche) y se le suplanta y el hombre hereda ese carácter creador. "Fue la creación - escribe Zambrano - lo que el hombre europeo destacará cada vez más frenéticamente"[52]. Es la mayor violencia. Por ello nos dice Zambrano que "la Historia de Europa es la historia de esta violencia de la Historia"[53].

"El hombre europeo - nos dice Zambrano - aun hablando de virtudes, de muchas virtudes, se justificó, en realidad, por la creación. Ininterrumpidamente, desde S. Agustín hasta nuestros días, a través de la crisis del Renacimiento y del Romanticismo, o a través de las Revoluciones logradas o frustradas, el hombre europeo se ha glorificado por la creación. Uniformidad y continuidad tal vez única en la vida tan compleja de Europa. Es la tradición, la gran tradición que a todos reúne y que, a través de todos los cambios, subsiste. Lo que hasta ahora ha sido puesto a salvo y rescatado, la antorcha que, arrebatada de unas manos a otras enemigas, no se ha dejado caer"[54].

Las soluciones a la crisis:

Zambrano no se conforma con diagnosticar la enfermedad. Aporta también la medicina adecuada, las soluciones. Propone "sumergirse lo más lucidamente posible en el curso de la vida que acaba de pasar, adivinar su estructura interna, su secreto alimento"[55]. Porque lo que "se trata es de recoger lo que de Europa actúa aún y tiene vigencia"

48.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 60.
49.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 66.
50.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 80.
51.- Ibidem.
52.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 84.
53.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 82.
54.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 62.
55.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 33-34.

a) *En cuanto a la razón* María Zambrano propone la superación del racionalismo y la vuelta al método de la metafísica aristotélica. El Racionalismo, como hemos visto - nos dice María Zambrano - ha supuesto un período de pensamiento en que la razón - la razón discursiva, la *episteme* - se ha ensoberbecido hasta el punto de no admitir más verdad que la que ella misma consigue con su propio esfuerzo. "La razón se ensoberbeció (...). La soberbia llegó con el racionalismo europeo en su forma idealista y muy especialmente con Hegel. Soberbia de la razón es soberbia de la filosofía, del hombre que parte en busca del conocimiento y que se cree tenerlo, porque la filosofía busca el todo y el idealista hegeliano cree tenerlo ya desde el principio"[56]. Es el principio de autonomía de que hablaba su maestro Ortega y Gasset, como hemos visto con anterioridad.

María Zambrano acusa al Racionalismo de ser el causante del agnosticismo en lo religioso, del escepticismo en lo filosófico y del despotismo y la crueldad de los regímenes dictatoriales en lo político. Porque la razón, como diría Goya, dejada a sí misma, construye monstruos.

Esta postura del Racionalismo está, según Zambrano, radicalmente enfrentada con los planteamientos de Aristóteles. Para éste la filosofía es intuición y razonamiento - noûs kai episteme sophia , dice Aristóteles.[57] Y la metafísica es para el Estagirita, como "Filosofía Primera", el análisis razonado de aquellas intuiciones intelectuales primarias que fundamentan y posibilitan todo saber; intuiciones que nos suministra el "noûs" (la intuición). Son, pues, estas intuiciones lo que nos diferencian fundamentalmente de los animales, las que constituyen por otra parte la aurora de nuestro conocimiento humano. La "metafísica" se torna así una "pre-física" o, como acertadamente la denominara Aristóteles, una "Filosofía Primera".

En nuestra época - escribe Zambrano - "la fascinación de las tinieblas y de la oscuridad se ha ejercido sobre la claridad de la razón, o de la inteligencia"[58]. "Estamos - escribe convencida - en la noche obscura de lo humano. Se esconde tras la máscara y el mundo vuelve a estar deshabitado"[59].

Zambrano termina su obra *La agonía de Europa* con estas frases: "Es

56.- M. Zambrano: *Obras Reunidas*, p. 264.

57.- Aristóteles: *Ética a Nicómaco*, VI, 7; 1141 b.

58.- M. Zambrano: Manuscrito, M. 400.

59.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 154. En este punto María Zambrano coincide con Heidegger, el cual, como ella "barrunta que nos hallamos en la media noche, en la hora de máxima ausencia de Dios, tanta que ni siquiera la sentimos como tal; pero no está seguro; tal vez - escribe en 1946 - a pesar del sentimiento indecible, de la inquietud y confusión universales, no se ha colmado la medida y el mundo camina hacia una noche más cerrada. Cuando los mortales se percaten del abismo, la noche iniciará su retirada" (Olasagasti: "Introducción a Heidegger", *Revista de Occidente* (Madrid, 1967) p. 201).

la noche obscura de lo humano que semeja un retiro de una luz y de un logos donde no se encontraban ya sino diferencias , discenimientos; una retirada y un retroceso del Dios de la teología en busca del Dios que devora y quiere ser devorado"[60].

María Zambrano nos dice que la Filosofía, y especialmente la Metafísica, debe recobrar su sentido, "sentido por sentir y entender en un acto único (...). El noûs al que hay que retornar y coger su hilo, el hilo que viene de él"[61]. El laberinto a que nos ha conducido la filosofía racionalista sólo puede ser superado si seguimos ese hilo conductor que nos retorna al origen. Zambrano, como una nueva Ariadna nunca cortó ese hilo al adentrarse en las ensoñaciones, en la realidad virtual de la filosofía moderna, y ese hilo le permitió retornar al punto de partida de la intuición primaria tanto sensible como intelectual. Ya su maestro Ortega y Gasset había adelantado que éste era el único camino de retorno. "Tal vez - escribió - se abre con el principio de la intuición una nueva época de la filosofía"[62].

b) *En cuanto a ese otro elemento de la cultura occidental, el que nos viene de la teología judeo-cristiana*, María Zambrano se pregunta: "¿Lo realizado en Europa en su religión, ha sido el cristianismo? Y la verdad es que basta sentirse cristiano en un grado mínimo para presentir y vislumbrar que no, que lo realizado por Europa no ha sido el cristianismo, sino, a lo más, su versión del cristianismo, la versión europea del cristianismo"[63] Y se pregunta: "¿Es posible otra que sea también europea y, sobre todo, que sea cristianismo?"[64].

Todavía en 1962, en un manuscrito del 18 de julio, Zambrano insiste en su idea de que el cristianismo necesita una repristinización, una recuperación integral del mensaje primigenio. Nos dice: "El cristianismo que llega a un cierto punto tiene ante sí la barrera del "cristianismo occidental" para percibir la faz de Cristo, para percibirle, para llegar a él. Traspasar esa barrera no se puede, es peligroso disponerse a hacerlo dándose al estudio de las religiones, del espíritu de Oriente. Ayuda esto. Mas este cristiano ha de hacerlo por sí mismo y al hacerlo comprenderá las palabras cristianas, se le harán transparentes. El cristianismo recubierto se le irá apareciendo esclareciente"[65].

Entre los dos extremos que se han dado en la Filosofía moderna:

60.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 159.

61.- M. Zambrano: Manuscrito M. 400.

62.- J. Ortega y Gasset: "Sensación, construcción e intuición", en *Obras Completas*, XII, p. 499.

63.- M. Zambrano: *La agonía de Europa*, p. 87.

64.- Ibidem.

65.- M. Zambano: Manuscrito M. 408.

adoptar, por así decirlo, el partido de Dios hasta negar la mismeidad humana - tal es el caso de Spinoza y en menor medida todos los radicalismos religiosos, un amor de Dios que supone la negación del hombre y al que Zambrano llama "amor de esclavo"[66]- y la afirmación radical del hombre hasta hacerlo incompatible con la existencia de Dios - tal es el caso de Nietzsche y Feuerbach -, María Zambrano ve en la interpretación más ajustada del mensaje cristiano, como ella cree verlo en Agustín de Hipona, el perfecto equilibrio entre Dios y el hombre. "En cuanto a mí - había dicho éste - mi bien es estar unido a Dios, porque si no permanezco en Él, tampoco permaneceré en mí mismo"[67].

Este ser en Dios para ser en mí mismo, es leído por María Zambrano como un ser en mí en tanto en cuanto ser en Dios. "Esto de sentir y saber que estar unidos a Dios es la mejor manera de permanecer en nosotros mismos - nos dice - es lo característico de la religión europea".[68] Con ello "se había ganado una gran victoria: el hombre podía permanecer en el mundo y en sí"[69], permaneciendo al mismo tiempo en Dios. Más aún, según Zambrano sólo se puede ser realmente sí mismo en cuanto se es en Dios. El cristianismo es, según ella, la única religión en que el humano se encuentra a sí mismo buscando a Dios y, como contrapartida, encuentra a Dios buscándose a sí mismo, porque ha descubierto con Agustín que "in interiore hominis habitat véritas". Obsérvese que Agustín usa el término latino "habitat" sólo atribuible a los seres vivos . Dios habita en nosotros.

Con ello el cristianismo se nos muestra como el humanismo más radical, porque el hombre se descubre en la plenitud de su dignidad de su trascendencia divina.

66.- M. Zambrano: *La agonía de Europa*, p. 87.

67.- S. Agustín: *Confesiones*, IX, 17.

68.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 68.

69.- M. Zambrano: *l. c.*, p. 72.